

La religión del progreso

<http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/04/the-religion-of-progress.html>

Sugerir que la fe en el progreso ha convertido en la religión civil más ampliamente aceptada del mundo industrial moderno, como he hecho en estos ensayos, es decir algo a la vez sutil y más específico de lo que a primera vista podría sugerir. Es importante tener en cuenta, como ya he señalado en el post de la semana pasada, que "la religión" no es una cosa específica con una definición específica; más bien, es una etiqueta para una categoría construida por las mentes humanas, una abstracción, es decir, la intención de resolver el apabullante zumbido y confusión del cosmos en patrones que tengan algún sentido para nosotros.

Decir que el americanismo, el comunismo y la fe en el progreso son religiones, después de todo, es simplemente una manera de centrar la atención en las similitudes que comparten estas tres cosas con el resto de cosas que ponemos en la misma categoría. No se puede negar que también hay diferencias, al igual que existen diferencias entre una religión teísta y otra, o una religión civil y otra. Sin embargo, merece la pena discutir las similitudes: al igual que las religiones teístas, por ejemplo, las religiones civiles que he nombrado encarnan un conjunto de relatos emocionalmente atractivos que pretenden resolver de manera perdurable el significado del caos de la existencia cotidiana, dotar a los creyentes de un estatus privilegiado frente al resto de la humanidad y enseñar a los fieles a verse a sí mismos como participantes en el gran proceso por el cual los valores trascendentes se manifiestan en el mundo.

Del mismo modo que a los cristianos devotos se les enseña a verse a sí mismos como miembros del Cuerpo místico de Cristo y a participar en la narrativa central de su fe, la caída y la redención, la religión civil del americanismo enseña a sus fieles creyentes a ver su ciudadanía como una participación casi mística en una muy mitificada historia nacional que representa a los Estados Unidos como la encarnación de la libertad en un mundo sumido en la ignorancia. Está en la naturaleza religiosa del americanismo el hecho de que la libertad de aquí no se refiere en la práctica a cualquier conjunto particular de derechos humanos, sino a un conjunto de imágenes vagas pero luminosas que, para el creyente, están cargadas de un inmenso poder emocional. Cuando las personas dicen que creen en los Estados Unidos, por lo general no quiere decir que hayan aceptado intelectualmente un conjunto de proposiciones acerca de los Estados Unidos; quieren decir que han adoptado los símbolos sagrados y las narrativas de la fe nacional.

El caso del comunismo es apropiado para este tipo de análisis, y en cierto modo aún más revelador. La mayor parte de las ideas que se convirtieron en el meollo de la religión civil del comunismo fueron obra de Friedrich Engels, amigo y protector de Marx, quien se hizo cargo de la tarea de completar el segundo y tercer volumen de "El Capital" a la muerte de Marx. El gran mito histórico del movimiento comunista es de Engels y se ha señalado muchas veces que cada parte de ese mito tiene un equivalente preciso en la fe luterana en la que creció Engels. El comunismo primitivo es el Edén; la invención de la propiedad privada es la caída; las etapas de la sociedad a partir de entonces tienen sus equivalentes en la historia sagrada; Marx es Jesús; la Primera Internacional sus apóstoles y discípulos; el movimiento comunista internacional, la Iglesia; la revolución proletaria de la segunda venida, el socialismo del Milenio y el comunismo son la Nueva Jerusalén que desciende del cielo en los dos últimos capítulos del Libro de las Revelaciones.

El comunista devoto, a su vez, participa en la visión panorámica del pasado, presente y futuro exactamente de la misma manera que el devoto cristiano participa en la historia sagrada del cristianismo. Para ser un comunista de la vieja escuela no es preciso aceptar simplemente un cierto conjunto de teorías económicas o predicciones sobre el futuro desarrollo de la sociedad industrial, sino alinearse del lado ganador en la lucha que traerá el cumplimiento de la historia humana y pertenecer a una iglesia secular con sus propios santos, mártires, días de fiesta, y disputas teológicas apasionadas. Se halla bien situada para atraer a las clases trabajadoras europeas que, durante el apogeo del comunismo a finales de los siglos XIX y XX, raramente distaban más de una generación de la vida religiosa ricamente

estructurada de la Europa rural. Exactamente de la misma manera, el americanismo es un llamamiento a los fundamentos enmarcados en la cristiandad americana tradicional, con enfoque en el compromiso personal y la renovación y tendencia a centrarse en la atemporalidad más que en una secuencia particular de la historia sagrada.

Esto sugiere una cierta dependencia de las religiones civiles de alguna de las principales religiones teístas. Hasta ahora, he hablado sobre todo acerca de la categoría "religión" y cómo al asignar las religiones civiles a esa categoría arroja luz sobre algunos de sus aspectos que vistos de otro modo son muy desconcertantes. Aún así, el adjetivo "civil" merece tanta atención como el sustantivo "religión." Si, como he argumentado, las religiones civiles se pueden entender un poco mejor si están incluidas en la amplia categoría de las religiones en general, es también cierto que tienen características específicas y una de ellas, la más importante para el presente propósito, es que son derivadas; no sería excesivo, de hecho, llamarlas parasitarias.

El carácter "derivado" de las religiones civiles se extiende en dos direcciones. En primer lugar, donde las religiones teístas en las sociedades urbanas alfabetizadas tienen en general una infraestructura institucional (los lugares de culto, lugares de enseñanza, organizaciones de profesionales de la religión, y así sucesivamente), las religiones civiles no suelen tenerla. Hacen uso de la infraestructura civil existente de una manera claramente ad hoc. En la religión civil del americanismo, por ejemplo, hay lugares sagrados a los que los creyentes hacen peregrinaciones. Valley Forge, Pennsylvania, donde el Ejército Continental de George Washington pasó el invierno decisivo en la Guerra de la Independencia, es un buen ejemplo.

Entre los creyentes en el americanismo, la frase "Valley Forge" es muy evocadora. Mientras que los santuarios de las religiones teístas están normalmente bajo la gestión de organizaciones religiosas y se destinan específicamente para usos religiosos, Valley Forge es un parque nacional ordinario. Los que van allí para empaparse en la memoria de la Revolución se encontrarán con ornitólogos aficionados, ciclistas, familias de campistas de vacaciones y muchas más personas para las cuales Valley Forge es simplemente uno de los parques nacionales más grandes del sudeste de Pennsylvania. Hay un local para convenciones, una oficina de visitantes y un sitio web local con el suntuoso nombre de "*La vida, la libertad y la búsqueda de la diversión*", lo que puede sugerir el grado de consideración que rodea el lugar en la actualidad.

De la misma manera, es difícil hablar de los sacerdotes de una religión civil en términos que no sean simplemente metafóricos; aquellos que toman un papel activo en la promoción de una religión civil rara vez tienen la oportunidad de hacer un trabajo a tiempo completo. Un gran número de religiones civiles, de hecho, son religiones populares, sostenidas por los esfuerzos voluntarios de los creyentes ordinarios. El sistema político existente puede alentar a estos esfuerzos o puede hacer todo lo posible para acabar con la religión civil, pero es muy raro que el destino de las religiones civiles dependa de las acciones de los gobiernos. El comunismo es una vez más un ejemplo de ello; como una religión civil, fue objeto de intensa persecución en aquellos países que no tenían gobiernos comunistas y recibió un amplio apoyo del Estado en aquellos países que sí los tenían. Del mismo modo que las persecuciones por lo general no lograron disminuir el atractivo del comunismo donde no hubo regímenes comunistas, en última instancia, el apoyo del Estado tampoco pudo mantener su atractivo en los países comunistas.

La dependencia de las religiones civiles en la infraestructura tomada de fuentes no religiosas, a su vez, tiene su paralelo en una dependencia equivalente en las ideas tomadas de las grandes religiones teístas. Ya he hablado cómo la religión civil del americanismo deriva su perspectiva básica de lo que solía ser la corriente principal del cristianismo protestante estadounidense y de las equivalencias punto por punto entre la teoría de la religión civil Comunista y la historia sagrada de la cristiandad europea. Lo mismo se puede rastrear en otros ejemplos de religión civil, por ejemplo, la forma en que la religión civil de finales del mundo romano obtiene su teoría y práctica en todos los ámbitos de las tradiciones más antiguas del paganismo clásico. Hay una razón para esta dependencia, y ello nos lleva de nuevo a Nietzsche, de rodillas en la calle con los brazos alrededor del cuello de un caballo medio muerto.

Las religiones civiles surgen cuando implosionan las religiones teístas tradicionales. En Europa y América del siglo XIX, el colapso de los patrones sociales tradicionales y el impacto a largo plazo del culto a la

Ilustración y a la razón hizo cada vez más difícil aceptar acriticamente de las enseñanzas de los credos cristianos tradicionales, tanto para las personas educadas como para la masa urbana de nuevos trabajadores fabriles y sus familias. Nietzsche, que se crió en Alemania (en proceso de rápida industrialización) tuvo un asiento de primera fila para ese proceso, vio la continua falta de cumplimiento de la fe del mundo occidental en la revelación cristiana como el amanecer de una era de tremenda crisis: la muerte de Dios, para utilizar su frase mordaz, sería inevitablemente seguida de luchas catastróficas para determinar quién o qué tomaría su lugar.

En estos conflictos inminentes, el propio Nietzsche no era más que un espectador desinteresado. Él tenía preferencias por su propio candidato, el Superhombre (Übermensch): un ser humano de un tipo que nunca antes había existido, y que nunca podría haber existido, salvo por accidente muy raro, siempre y cuando las creencias religiosas proporcionan una base incuestionable de los valores humanos. El Superhombre no es la especie sucesora de la humanidad de hoy, como algunos de los intérpretes menos reflexivos de Nietzsche han sugerido, ni un subconjunto de seres humanos biológicamente superiores, como pretendían quienes lo copiaron sin entenderlo en el partido nazi. En la visión de Nietzsche, el Superhombre era un ser humano individual—siempre e irreductiblemente individual—que se ha convertido en su propio creador, reinventándose a cada momento en la imagen de los valores que él mismo ha creado.

Nietzsche era lo suficientemente perceptivo, sin embargo, para tomar nota de otros contendientes por el trono vacío de Dios y lo bastante dispuesto a reconocer la importancia y el valor de la religión teísta para los que todavía creían en ella. En el prólogo de "Así habló Zaratustra", la primera persona que se encuentra Zaratustra (alter ego de Nietzsche) al descender de la montaña es un viejo ermitaño que pasa sus días alabando a Dios. Zaratustra sigue su camino, teniendo cuidado de no hacer nada para desafiar la fe del ermitaño, y sólo cuando se queda solo de nuevo se pregunta: "¿Cómo es posible? ¡Este viejo santo del bosque no se ha enterado de que Dios está muerto!"

Con los rivales del Superhombre en la lucha para reemplazar a Dios Nietzsche tenía menos paciencia. Una alternativa que se discutió mucho y con gran ardor fue el nacionalismo alemán, la variante local de la misma religión civil (el americanismo) al otro lado de la Mar Océana. El estado era para él un "monstruo frío" que reivindicaba el derecho de reemplazar la deidad cristiana como fuente de valores y como objeto de culto público; lo odiaba en parte debido a sus defectos reales, y en parte porque se interponía en el camino de su candidato preferido. "Allí donde termina el Estado, ¡mirad allí, hermanos!. ¿No veis el arco iris, y los puentes para el Superhombre? "

El socialismo era otra alternativa que Nietzsche señaló; aquí de nuevo, su abordaje fue en parte un duro, pero de ninguna manera inexacto, análisis de sus fallos y en parte una cuestión de quitarse de en medio a otro rival para dar paso al Superhombre. Aún así, otro rival atrajo su atención y fue la falsa deidad al que se refiere principalmente a esta serie de mensajes: el progreso, la creencia de que la humanidad se mueve siempre hacia arriba y adelante, inevitablemente, hasta un destino glorioso.

El reto que Nietzsche dirigió contra la creencia en el progreso será discutido más adelante, ya que tiene que ser entendido en el contexto de la difícil dimensión de su filosofía, y también tiene que ser puesto en su propio contexto, uno que requerirá más que una pequeña explicación en sí mismo. Sin embargo, lo que quiero resaltar aquí es que la identificación que hizo Nietzsche de la fe en el progreso como un intento de sustitución de la fe en Dios es al menos tan válido hoy como lo fue en su día.

Al comparar la religión civil del progreso con las otras religiones tratadas en este y en el post de la semana pasada, los parecidos son inevitables. Al igual que las otras religiones civiles, para empezar, la religión del progreso ha demostrado en repetidas ocasiones su capacidad para suscitar pasiones y pedir sacrificios tan grandes como en las religiones teístas. Desde investigadores que han arriesgado sus vidas (y no pocas veces la perdieron) para promover el progreso de la ciencia y la tecnología, pasando por los cruzados morales que han hecho lo mismo en nombre del progreso político o económico, hasta la gente común que ha dado buen grado las cosas que valoran porque sentían (o se habían animado a creer) que la causa del progreso exigía su sacrificio, no faltan santos y mártires en la religión del progreso. Ha inspirado al arte, la arquitectura, la música y la literatura (abarcando la escala habitual entre las alturas del genio creativo y las profundidades del kitsch), ha impulsado grandes cambios sociales y ha dejado

una impronta en el mundo moderno considerablemente mayor que la de las religiones teístas contemporáneas.

Las relaciones entre la religión civil del progreso y las religiones teístas, para pasar a la segunda cuestión planteada la semana pasada, han sido al menos tan problemática como las que implican a las religiones civiles que ya hemos examinado. La religión del progreso tiene sus propias divisiones internas, sus propias sectas y denominaciones y hay que remarcar que estas han respondido de forma diferente que las distintas religiones teístas del mundo moderno. Por un lado, ha habido un montón de esfuerzos, con mayor o menor éxito, de cooptar a Jesús, a los profetas judíos, y a diversas figuras religiosas como cruzados para un tipo u otro de progreso. Por otra parte, ha habido un buen número de guerras santas declaradas por los verdaderos creyentes en el progreso contra las religiones teístas, en las que se sostiene que la creencia en uno o más dioses es "primitiva", "retrógrada" y "obsoleta", en la jerga de la religión del progreso. Ten en cuenta estos términos, porque significan más o menos lo que "pecaminoso" en la jerga del cristianismo.

La religión civil del progreso también tiene su antireligión, que es la creencia en el final apocalíptico. Al igual que las antireligiones de otras religiones, la antireligión apocalíptica recoge los supuestos básicos de la fe a la que se opone, en este caso y por encima de todo, la visión de la historia como una línea recta que conduce inexorablemente hacia un objetivo que sólo se puede definir como superlativo, pero invierte todos los signos de valor. Cuando la religión del progreso imagina el pasado como un abismo de miseria y el sufrimiento, su antireligión pinta un tiempo convenientemente antiguo con los colores de la edad de oro; donde la religión del progreso busca retratar la historia como un progreso desigual pero imparable hacia mejores cosas, su antireligión prefiere imaginar la historia como un proceso igualmente desigual e igualmente imparable de decadencia y degeneración; donde la religión del progreso gusta de imaginar el futuro en los términos más utópicos que se pueda imaginar, su antireligión utiliza el futuro como una pantalla sobre la que proyectar morbosas imágenes de destrucción universal.

Las diversas sectas y denominaciones de la religión del progreso, por otra parte, tienen su equivalente exacto en el antireligión del apocalipsis. Hay formas de antireligión que han cooptado el lenguaje y las imágenes más antiguas (las creencias teístas) y otras formas que rechazan furiosamente esas mismas creencias y todo lo relacionado con ellas. Así como hay diferentes versiones de la religión del progreso (referidas a lo que se considera progreso), las diferentes versiones de la antireligión del apocalipsis discuten sobre qué forma adoptará la degeneración, el apocalipsis inevitable. En cualquier caso, al igual que con otras religiones y sus antireligiones, el nivel de hostilidad entre los diferentes subgrupos de la misma religión o antireligión es enormemente enconado. La única gran divergencia entre la mayoría de las formas de la religión del progreso y la mayoría de las formas de su antireligión es que hoy en día-(y no siempre ha sido así en otros momentos de la historia), muy pocos creyentes en la religión del progreso esperan un futuro utópico próximo, pero la mayoría de los creyentes en la antireligión del apocalipsis, por el contrario, ponen todas sus esperanzas en la llegada inminente del cataclismo. Detrás de esta divergencia se encuentra una compleja situación histórica, que será explorada en un artículo posterior.

La religión civil del progreso, por último, comparte el patrón de doble dependencia con las otras religiones civiles que hemos examinado. Al igual que ellas, es en gran parte una religión popular, con el apoyo de los esfuerzos de voluntarios y las contribuciones de sus creyentes fieles, a modo de una red ad hoc de instituciones que fueron creadas en su mayoría para servir a otros fines. Los que funcionan como sus sacerdotes y predicadores tienen puestos de trabajo, incluso una figura tan importante en su día como el fallecido Carl Sagan, que jugó algo parecido al papel del Papa de la religión del progreso, pasó la mayor parte de su carrera como profesor titular de astronomía en la Universidad de Cornell. Como la mayoría de las religiones populares, recibe el apoyo de una variedad de instituciones si le es útil, pero se comporta de forma habitualmente en formas que avergüenzan al menos algunos de sus patrocinadores.

La otra cara de su dependencia (la dependencia de un conjunto de ideas tomadas de la religión teísta) es un asunto más complicado. Con el fin aclarar su significado, va a ser necesario estudiar los orígenes inesperados de la idea de progreso en el mundo moderno. Vamos a seguir esa discusión la próxima semana.